

CARLOS FONSECA

TRECE ROSAS ROJAS

Y LA ROSA 14

La historia más conmovedora de la guerra civil

75
ANIVERSARIO
Edición
ampliada



Trece Rosas Rojas y la Rosa catorce

La historia más conmovedora
de la guerra civil

Carlos Fonseca

temas de hoy.

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro
y está calificado como **papel ecológico**

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Carlos Fonseca, 2014

© Ediciones Planeta Madrid, S. A., 2014

Ediciones Temas de Hoy es un sello editorial de Ediciones Planeta Madrid, S. A.

C/ Josefa Valcárcel, 42, 28027 Madrid

www.temasdehoy.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: mayo de 2014

ISBN: 978-84-9998-406-3

Depósito legal: M. 9.990-2014

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión: Artes Gráficas Huertas, S. A.

Printed in Spain-Impreso en España

Índice

	Prólogo a esta edición	13
1	La saca (I)	17
	PRIMERA PARTE. LA LUCHA	
2	Derrotados	33
3	La reorganización del PCE	53
4	Clandestinos	65
5	La llegada de <i>Cecilio</i>	85
6	Las chicas de Chamartín	99
	SEGUNDA PARTE. LA REPRESIÓN	
7	La delación	111
8	Las primeras víctimas	121
9	El complot	129
10	Mujeres solas	143
11	La redada	157
	TERCERA PARTE. LA VENGANZA	
12	Prisión de Ventas	177
13	Los Audaces	203

14	El asesinato de Gabaldón	217
15	Consejo de guerra	235
16	La saca (II)	247

CUARTA PARTE. LA ROSA I4

17	Una muerte anunciada	271
----	----------------------	-----

	Guía de personajes	295
--	--------------------	-----

ANEXOS DOCUMENTALES

I.	Correspondencia desde la prisión de Dionisia Manzanero a su familia	311
II.	Correspondencia desde la prisión de Julia Conesa Conesa con su madre, Dolores Conesa	323
III.	Acta del consejo de guerra	333
IV.	Sentencia	335
	Bibliografía consultada	347

1

La saca (I)

4 DE AGOSTO DE 1939

La hora era inusual. Se había cumplido ya la medianoche y las reclusas dormían ajenas a la tragedia que estaba a punto de ocurrir. La noche era tiempo para recrearse en la última visita de los seres queridos, para abrir las cancelas de las celdas y volar libres. El atardecer, en cambio, creaba en la prisión un desasosiego fantasmal. Las horas que transcurrían entre el último recuento del día y las once de la noche eran el momento elegido para las «sacas».

La directora, doña Carmen de Castro, y su lugarteniente, la funcionaria María Teresa Igual, recorrían entonces las galerías con la fatídica lista en la mano. El corazón se desbocaba y amenazaba con escapar por la garganta. Una presión invisible se apoderaba del pecho y un golpe de calor subía hasta la cabeza mientras, uno a uno, desgranaban los nombres de las internas que figuraban en la orden de ejecución para ser conducidas a capilla. Tan sólo unas horas, las que mediaban hasta la madrugada del día siguiente, las separaban de la muerte.

Aquel repicar de nombres sonaba a letanía. A misa de difuntos. La compañera, la amiga, la desconocida. La sensación era

de agobio y de miedo, de rabia por las mujeres que iban a morir. Nadie dormía en una noche de «saca». Y qué decir de quienes escuchaban su nombre y apellidos, que retumbaban como un eco. Habían sido condenadas a la pena capital en consejos de guerra sumarísimos de urgencia, pero los días que transcurrían entre la vista en el Palacio de las Salesas y el «enterado» del Caudillo suponían un horizonte de esperanza. Cada jornada que pasaba era un día ganado a la muerte, a la que soñaban con esquivar para siempre con peticiones de indulto que conmutaran el piquete de ejecución por treinta años de reclusión. Toda una vida entre rejas, pero vida al fin.

Ese 4 de agosto hacía tres días que había tenido lugar la anterior «saca». Cinco compañeras habían recorrido entonces los escasos quinientos metros en línea recta que separaban la cárcel de mujeres de Ventas, situada en las inmediaciones de la plaza de Manuel Becerra, del cementerio del Este en un camión que partía de la prisión de hombres de Porlier y paraba en la de mujeres camino de las tapias del camposanto. Cuatro días. Nunca se sabía cuándo habría «saca». No había una regla fija, pero desde que las ejecuciones de mujeres se iniciaron el 24 de junio anterior, con el fusilamiento de las hermanas Guerra Basanta, Manuela y Teresa, rara era la semana en la que no había alguna.¹ Era lógico, pues, pensar que el temido ritual no tardaría en repetirse.

1. En la saca del 24 de junio de 1939 fueron fusiladas 102 personas. Manuela y Teresa Guerra fueron las únicas mujeres.

Quince internas habían salido a juicio en la mañana del 3 de agosto y todas, salvo una, habían regresado con «la pepa» por un delito de «adhesión a la rebelión». Nunca hasta entonces había habido tantas mujeres en un mismo expediente. La mayoría eran, además, menores de edad.² Volvieron descompuestas, con el rostro desencajado, como si lo ocurrido no pudiese ser verdad. Con ellas habían sido juzgados cuarenta y tres hombres. Había novios, maridos, compañeros de partido y desconocidos. En total, cincuenta y siete condenas a muerte de jóvenes que en muchos casos no habían cumplido los veinte años o apenas los sobrepasaban.

Regresaron tarde, ya de noche, y tan pronto como despuntó el alba y pudieron recuperar un poco de sosiego comenzaron a redactar peticiones de indulto con la ayuda de otras compañeras. Los escritos debían ser recogidos en la prisión por sus familiares, que se encargarían de entregarlos en Burgos y esperar la clemencia de los vencedores. Allí permanecía aún el Gobierno de Franco, pese a que hacía ya cuatro meses que la guerra había terminado. Madrid había sido una ciudad roja, heroica, el símbolo de la resistencia de la República durante veintinueve meses de asedio ininterrumpido, y las purgas iniciadas tras la entrada de las tropas nacionales no garantizaban aún la plena seguridad del Generalísimo.

«Querida mamá y hermanos. Me alegraré que al recibo de estas alegres letras estéis bien, yo bien, gracias a Dios. Mamá,

2. La mayoría de edad estaba fijada en los veintiún años.

espero que no llores, pues como puedes comprender, soy y somos inocentes de todo lo ocurrido. Antonio, hacer todo por mamá, que es la única persona que si faltase en el mundo no sé qué sería de mí. Cuidarla mucho, que no se ponga mala. Tíos, igual que se lo digo a mis hermanos os lo digo a vosotros, ya sabéis que ella es buena, os lo aseguro.

»Mamá, espero que vayas a casa de mis amigas y vayáis todas juntas a todos los lados, pues pensar que soy inocente, que yo ignoraba todo, igual que mis amigas, la Adelina y Julia.³ Iros a las Salesas y mirar las tablillas de penados y hacer cada uno de vosotros, o sea, los tíos y tú, solicitudes de indulto, y ponéis que Julia Conesa, natural de Oviedo, edad diecinueve años... bueno, ya sabéis cómo hacer todo, pero hacerlo, no lo dejéis de la mano.

»Mamá, no pienses en nada, que todo se arreglará y pronto nos abrazaremos. Mira, yo río y canto, y no pienso en nada.

»Mamá, necesito avales para que vayan junto con las firmas de los vecinos, y ve a ver a todas las personas que conozcas, pues es de mucha urgencia lo nuestro. Hacer todo lo que podáis por mí, que otras personas respondan por mí.

»Mamá, ánimo y no llores, que tú has sido siempre muy fuerte; y no te vayas a poner mala.

»Mamá, pedir inmediatamente la revisión de la causa para las tres, pero lo más pronto posible. Bueno, con todo el cariño

3. Se refiere a Adelina García Casillas y Julia Vellisca del Amo.

me despido de todos, esta que nunca os olvida, ni ahora ni jamás, vuestra hija, hermana y sobrina.»⁴

Los nervios se habían calmado durante la jornada. Las muestras de apoyo, el cariño y la solidaridad de las compañeras habían relajado la tensión. Disuelto el impacto de la noticia, los nervios habían dado paso al cansancio.

«Virtudes, pero si no os pasará nada, ya verás como os indultan.» María del Carmen Cuesta se lo había repetido durante todo el día a su amiga hasta conseguir tranquilizarla. «No, no nos indultarán», le había contestado Virtudes una y otra vez.

«Aquella tarde me habló de todo —recuerda María del Carmen—,⁵ de cómo sentía que aquella situación iba a durar mucho tiempo y de todo lo hecho y lo aún por hacer. Tuve la sensación de que deseaba transmitir a otra persona todo aquello por lo que había luchado y que la había hecho tan feliz hasta ese momento.»

Carmen Machado había hecho lo mismo con Anita López. Le escribió varias instancias para pedir clemencia con su letra clara y redonda y después hablaron de amores. Ambas tenían novio, los dos apellidados Agudo y los dos presos en la cárcel de Albufera (Alicante). «Mira, Anita, esto va a durar muy poco. Dentro de nada estaremos las dos en la calle, cogeremos un patinete de esos que van con cuatro ruedas y un manillar y nos vamos derechitas

4. Las cartas de Julia Conesa han sido facilitadas al autor por su sobrino, Antonio Paje Conesa, hijo de su hermana Trinidad.

5. Entrevista con el autor.

a Albatera a por nuestros Agudos.»⁶ Y habían reído. Hasta que llegó la medianoche, y con ella la calma. Habían ganado una jornada a la muerte. Nada podía pasar ya a esa hora, pero pasó.

El descorrer de cerrojos, el tintineo de las llaves y las pisadas de las funcionarias atronaron en el silencio de la noche. Una noche de verano, calurosa, rota sólo por los ladridos lejanos de los perros, las toses de las internas, el llanto apagado de algunos niños que penaban ser sus hijos, y el rebullir de los cuerpos al rozarse por la falta de espacio. Más de cuatro mil presas en un espacio destinado a cuatrocientas cincuenta, que se repartían por celdas, pasillos, escaleras y lavabos.

Todas supieron lo que iba a ocurrir y la cárcel fue un murmullo. La directora y su lugarteniente se dirigieron primero al departamento de menores, al que las autoridades de la prisión aludían con el rimbombante nombre de Escuela de Santa María. En realidad no era más que una sala habilitada con un enorme tablón sostenido en sus extremos por dos caballetes, que hacía las veces de mesa, y varios bancos, donde las más jóvenes convivían con dos reclusas que ejercían como profesoras y una oficial de prisiones, Violeta, a la que todas conocían como *Zapatitos*. Las allí internadas disfrutaban de más espacio que el resto de las reclusas pero, a cambio, no podían salir del departamento si no iban acompañadas de la mandante. El tablón se

6. El testimonio de María del Carmen Cuesta y Carmen Machado aparece recogido en *Cárcel de Mujeres (1939-1945)*, de Tomasa Cuevas, editado por Sirocco Books (Barcelona, 1985).

retiraba por la noche para extender en el suelo los petates de las internas y poder dormir. Y así las encontraron cuando fueron a buscarlas.

Anita, Ana López Gallego, había apurado su costura hasta pasada la medianoche: un portalibros en tela de saco. «Creo que por esta noche me puedo acostar», dijo con alivio, y su amiga Carmen asintió. Fue entonces cuando se abrió la puerta. Allí estaban la señora directora y su funcionaria de confianza, envuelta en una capa azul marino. Llevaba la lista en la mano. Hasta la mandante se sobresaltó al presentir lo que iba a ocurrir. «Por Dios, señorita María Teresa, esto es horroroso, esto es un crimen.»

Anita se levantó. No había tenido tiempo de conciliar el sueño. Tampoco tuvo dudas de que venían a por ellas.

«No llame a mis compañeras, ya las llamo yo.»

Y ella misma las despertó. A Victoria Muñoz y a Martina Barroso. Ellas tres eran las únicas condenadas que permanecían en el departamento de menores, pese a que sólo la primera tenía dieciocho años, y de que otras de igual o menos edad vivían repartidas en el enorme caos que era la prisión. Martina había cumplido ya los veintidós años y Anita tenía veintiuno.

«¡Pobrecita mi madre!»

Victoria lloraba. Y lo hacía con una cadencia nerviosa, sin aspavientos, más preocupada por los suyos que por ella misma.

«¡Mi pobre madre! Primero Juan, y ahora Goyito y yo.»

Su hermano Juan había muerto en comisaría a consecuencia de las palizas recibidas, y Gregorio, *Goyito*, había sido fusilado el 18 de mayo. Desesperada, se agarró al cuello de María

del Carmen Cuesta y comenzó a gritar: «¡Mari, que me matan! ¡Mari, que me matan!».

La voz de Anita sonó firme, pero no a reproche. «Por favor, Victoria, sé valiente.» Y Victoria Muñoz García, que así se llamaba, dejó de llorar.

Comenzaron a vestirse con sus mejores ropas. Y medias. Sus compañeras las ayudaban, como si lo hicieran con niñas pequeñas. Con las manos temblorosas.

«¿Tengo la costura de las medias derecha?», preguntó Anita. Y todas se abrazaron.

«Martina me dijo antes de salir: Mari, que te arreglen las cosas porque te matan como a nosotras —relata María del Carmen Cuesta—. Nadie decía nada, no podíamos casi ni respirar. Muchas se arrodillaron, yo entre ellas, y estuvimos así un rato. Nos daba miedo levantarnos. Estábamos acobardadas.»

La «saca» continuó por toda la prisión, hasta que se hubo completado la lista. Ventas no disponía aún de una galería de condenadas a muerte y las funcionarias tenían que ir sala por sala buscando a las mujeres incluidas en las órdenes de ejecución. Los nombres, sus nombres, retumbaron por las galerías, viajaron de boca en boca: «Se llevan a las menores». Ana López Gallego, Victoria Muñoz García, Martina Barroso García, Virtudes González García, Luisa Rodríguez de la Fuente, Julia Conesa Conesa, Elena Gil Olaya, Dionisia Manzanero Sala, Joaquina López Laffite, Carmen Barrero Aguado, Pilar Bueno Ibáñez, Blanca Brisac Vázquez y Adelina García Casillas. Sí, también Adelina, la mulata, como la conocían todas por su tez morena y sus labios gruesos; la única in-

terna que podía moverse sin problemas por toda la prisión voceando los nombres de las destinatarias de correspondencia. Trece mujeres sin esperanza.

Sólo Julia Vellisca había salvado la vida en aquel consejo de guerra a cambio de doce años de reclusión, y otra muchacha que sí había sido condenada a muerte, Antonia Torres Llera, asistió sorprendida a una «saca» a la que estaba destinada pero para la que no la reclamaban. Un error mecanográfico en la orden de ejecución al escribir su nombre, *Antonio* por *Antonia*, le permitió eludir aquella tétrica ceremonia.

Como una procesión sin santo fueron conducidas a capilla, en realidad el salón de actos reconvertido en una especie de sala de espera hacia la muerte. Una talla de la Virgen del Carmen al frente y un crucifijo y un *ecce homo* en los laterales hacían las veces de altar. Allí las esperaba don Valeriano, el capellán de la prisión, para hablarles de la otra vida, ahora que estaban tan cerca de agotar la que apenas habían tenido tiempo de vivir. Una a una cumplieron con el rito de la confesión, obligatorio para poder escribir una última carta a la familia y pedir la presencia de una interna elegida por ellas, que hacía las veces de albacea de sus últimas voluntades y escasas pertenencias. Joaquina López Laffite reclamó a sus hermanas, Lola y María, presas también en Ventas. La primera con veinte años de reclusión por delante y la otra con seis. También acudieron Juanita Corzo, una de las presas comunistas de mayor experiencia, que en 1934 había participado en la fundación de la Agrupación de Mujeres Antifascistas; Dolores Freixa, funcionaria de esta misma cárcel con la República y ahora una interna más; la socialista María

Lacrampe, Antonia García... Dispusieron de quince minutos para despedirse.

«Si sales libre abraza a mi madre, ella sabe que no he hecho nada para merecer este final.» «Llevaros todas como si fuerais una sola, aguantaréis mejor lo que se os viene encima.» Abrazos. Lágrimas.

Cuando las condenadas se quedaron solas, con la única presencia de la directora, el capellán y algunas funcionarias, la capilla adquirió la apariencia de una escuela. ¿Y qué escribir? ¿Cómo encerrar tantos sentimientos en los escuetos márgenes de una carta?

«Queridísimos padres y hermanos», encabezaba la suya Dionisia Manzanero Salas, de veinte años de edad. «Quiero en estos momentos tan angustiosos para mí poder mandaros las últimas letras para que durante toda la vida os acordéis de vuestra hija y hermana, a pesar de que pienso que no debiera hacerlo, pero las circunstancias de la vida lo exigen.

»Como habéis visto a través de mi juicio, el señor fiscal me conceptúa como un ser indigno de estar en la sociedad de la Revolución Nacional Sindicalista. Pero no os apuréis, conservar la serenidad y la firmeza hasta el último momento, que no os ahoguen las lágrimas, a mí no me tiembla la mano al escribir. Estoy serena y firme hasta el último momento. Pero tened en cuenta que no muero por criminal ni ladrona, sino por una idea.

»A Bautista⁷ le he escrito, si le veis algún día darle ánimos

7. Su novio.

y decirle que puede estar orgulloso de mí, como anteriormente me dijo.

»A toda la familia igual, como no puedo despedirme de todos en varias cartas, lo hago a través de ésta. Que no se preocupen, que el apellido Manzanero brillará en la historia, pero no por crimen.

»Nada más, no tener remordimiento y no perder la serenidad, que la vida es muy bonita y por todos los medios hay que conservarla.

»Madre, ánimo y no decaiga. Vosotros ayudar a que viva madre, padre y los hermanos. Padre, firmeza y tranquilidad.

»Dar un apretón de manos a toda la familia, fuertes abrazos, como también a mis amigas, vecinos y conocidos.

»Mis cosas ya os las entregarán, conservar algunas de las que os dejo.

»Muchos besos y abrazos de vuestra hija y hermana, que muere inocente.

Dioni.»⁸

Blanca Brisac era la mayor de todas, tenía veintinueve años y un hijo de once. Su marido, Enrique García Mazas, había sido detenido con ella y condenado también a muerte en el mismo proceso. Preso en la cárcel de Porlier, hacía horas que esperaba el pelotón de ejecución. Los dos debieron pensar lo mismo, que tal vez pudieran compartir el último instante de sus vidas.

8. La carta ha sido facilitada al autor por Paloma, Alicia y Alfredo, sobrinos de Dionisia Manzanero.

«Querido, muy querido hijo de mi alma. En estos últimos momentos tu madre piensa en ti. Sólo pienso en mi niño de mi corazón que es un hombre, un hombrecito, y sabrá ser todo lo digno que fueron sus padres. Perdóname, hijo mío, si alguna vez he obrado mal contigo. Olvídalo, hijo, no me recuerdes así, y ya sabes que bien pesarosa estoy.

»Voy a morir con la cabeza alta. Sólo por ser buena: tú mejor que nadie lo sabes, Quique mío.

»Sólo te pido que seas muy bueno, muy bueno siempre. Que quieras a todos y que no guardes nunca rencor a los que dieron muerte a tus padres, eso nunca. Las personas buenas no guardan rencor y tú tienes que ser un hombre bueno, trabajador. Sigue el ejemplo de tu papachín. ¿Verdad, hijo, que en mi última hora me lo prometes? Quédate con mi adorada Cuca⁹ y sé siempre para ella y mis hermanas un hijo. El día de mañana, vela por ellas cuando sean viejitas. Hazte el deber de velar por ellas cuando seas un hombre. No te digo más. Tu padre y yo vamos a la muerte orgullosos. No sé si tu padre habrá confesado y comulgado, pues no le veré hasta mi presencia ante el piquete. Yo sí lo he hecho.

»Enrique, que no se te borre nunca el recuerdo de tus padres. Que te hagan hacer la comunión, pero bien preparado, tan bien cimentada la religión como me la enseñaron a mí. Te seguiría escribiendo hasta el mismo momento, pero tengo que despedirme de todos. Hijo, hijo, hasta la eternidad. Recibe

9. El diminutivo con el que llamaba a su madre.

después de una infinidad de besos el beso eterno de tu madre. Blanca.»¹⁰

La misiva concluía con una posdata que decía: «Te envío, hijo, una de mis trenzas. Guarda mi libro de misa y una pajarita que te envío, y mis medallas».

Cuando terminó, dobló la carta, escrita a lápiz sobre papel biblia, y lo introdujo en un sobre de color azul. «Para entregar a mi hijo Enrique García Brisac en el día y hora que se crea conveniente.»

Julia escribió también la última carta a su madre, a la que ya no podía trasladar la esperanza de otras misivas.

«Madre, madrecita, me voy a reunir con mi hermana y papá al otro mundo, pero ten presente que muero por persona honrada.

Adiós madre querida, adiós para siempre.

Tú hija, que ya jamás te podrá besar ni abrazar.

Besos para todos. Que ni tú ni mis compañeras lloréis.

Que mi nombre no se borre en la historia.

Julia Conesa.»

Dieron las cuatro de la madrugada y se escuchó el rumor de un vehículo, el runruneo de un camión viejo y destartalado...

10. La carta ha sido facilitada al autor por Enrique García Brisac, hijo de Blanca.